

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



EL ALBA

Vol. 35 No. 1

Enero - Febrero 2020

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliaargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Dios será servido de común
consentimiento 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

El arca llevada a Jerusalén 13
Canción de acción de gracias
de David 16
La promesa de Dios a David 19
La oración de David 22

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

El Juicio De La Nueva Creación
Parte 4 25

The Dawn – SPANISH Edition

JAN – FEB 2020

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Dios será servido de común consentimiento

“En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento.”

— Sofonías 3:9 —

CON LA CAÍDA de nuestros primeros padres en el Edén, el hombre pronto tuvo miedo de su amoroso Creador. Este espíritu de miedo, fomentado por Satanás, el Diablo, ha sido un terreno fértil en el que ha sembrado semillas de confusión con respecto al culto religioso, las normas morales y sociales y las ideologías entre naciones y gobiernos. A través de las edades estas semillas han germinado y madurado en miríadas de falsas y distorsionadas creencias. Hoy, a pesar de la iluminación del mundo en muchos sentidos, la gente está más confundida y dividida que nunca en sus conceptos de escrúpulos religiosos, políticos y sociales.

Sin embargo, Dios es plenamente consciente de la condición pasada y presente del hombre y tiene un plan para unificar la comprensión de la humanidad de los principios divinos en todos los sentidos. La palabra traducida “pureza” en nuestro texto inicial significa, de acuerdo con las *Definiciones Hebreas de Strong*, “esclarecer” o “brillar”. De hecho, es el plan de Dios

iluminar al mundo entero en cuanto a sus estándares de justicia, mientras que al mismo tiempo elimina los conceptos falsos y confusos que han afectado a la humanidad con la división durante miles de años. Sólo semejante plan puede lograr el resultado deseado por el Creador de tener a la totalidad de la raza humana sirviéndole de “común consentimiento”.

LA “VERDADERA LUZ”

El Hijo Unigénito de Dios, Jesús, es la “luz verdadera”, la “luz del mundo”, que eventualmente ilumina a cada individuo que haya vivido sobre la tierra (Juan 1:9; 8:12). Durante su ministerio terrenal, Jesús comisionó también a sus seguidores para ser luces en este presente mundo de oscuridad (Mat. 5:14). El propósito divino de estos portadores de luz no ha sido convertir a todo el mundo a Cristo durante la época actual, sino servir como testigos y ayudar en el propósito actual de Dios de sacar del mundo un “pueblo para su nombre”. —Hechos 15:14-17

A medida que este trabajo ha progresado durante los últimos dos mil años, Satanás ha continuado fomentando y promoviendo falsas religiones, teorías y prácticas entre la gente. Cuando algunos de ellos parecen anticuados, provoca y levanta nuevas versiones de la oscuridad siguiendo el ritmo de los cambios sociales. Como resultado, muchos han sido apartados de los caminos de Dios y, al igual que los israelitas de la antigüedad, han puesto en su medio varios puntos de vista, estándares y prácticas que no están en armonía con la justicia. Hoy en día, las personas en todo el mundo, independientemente de la profesión religiosa, se dividen

en muchos grupos y no hay “consentimiento” sobre lo que está bien o mal, lo moral o lo inmoral, la verdad o la mentira.

Hacia el final de su ministerio terrenal Jesús planteó la cuestión de si “hallaría fe en la tierra” a su regreso (Lucas 18:8). Notamos que no cuestionó si habría fervor religioso o espíritu de devoción religiosa. La “fe” a la que se refería era la perteneciente al verdadero Evangelio, “predicado antes... a Abraham”. Fueron las buenas nuevas por las que Dios, a su debido tiempo y forma, a través de la simiente prometida de Abrahán, bendeciría a todas las familias de la tierra. — Gal. 3:8; Gén. 22:18; Hech. 3:25

EL “DIOS NO CONOCIDO”

Una visión general de las convicciones y prácticas religiosas, políticas y sociales a lo largo de los siglos, junto a las condiciones tal como las vemos en el mundo hoy día, nos ayuda a comprender los sentimientos de Pablo cuando estaba en el Areópago hablando con los filósofos atenienses: “Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio.” —Hech. 17:22,23

Podríamos suponer que elogiaría a los atenienses por su manera abierta en confesar su creencia en un dios a quien no conocían. También es interesante que pensarán en poderes superiores que, de acuerdo con su adoración politeísta, aparentemente estaban allí para

guiarlos en cada asunto de la vida. Sin embargo, no servían a una sola deidad con “común consentimiento”. Un Dios así era, en efecto, “no conocido” para ellos.

Entre los ídolos de piedra, de metal y de madera en todo el mundo actual puede no haber ninguno adscrito al “dios no conocido” como sucedió en la antigua Atenas. Sin embargo, podemos estar seguros al afirmar que en el corazón de millones de personas hay una imagen de un dios en el que la gente quisiera creer que es amoroso y amable. Tal visión es la de un poder supremo capaz y dispuesto a apoderarse de este mundo confuso y sacar orden del caos, paz de la guerra, entendimiento y cooperación del amargo conflicto de las palabras y de ideologías.

Es este dios no conocido en el que la gente está pensando cuando plantean la pregunta con más frecuencia repetida: “¿Dónde está Dios en el problemático mundo de hoy?” Muy pocos ofrecen alguna explicación, y muchos a menudo dan palabras superficiales, como “Dios está castigando al mundo” o “Esto es lo que la humanidad merece”. Sin embargo, existe ese Dios que, a lo largo de los siglos, ha sido no conocido para la gente y que ha prometido, como se registra en nuestro texto de apertura, que el tiempo se acerca en que devolverá a los pueblos “pureza de labios”, lo que les permitirá a todos servirle “de común consentimiento”.

La identificación del tiempo contenida en esta maravillosa promesa es inmediatamente después de que la “tierra” simbólica haya sido “devorada por el fuego” del cielo de Dios, como se profetizó en el versículo anterior: “Esperadme, dice Jehová, hasta el día que me

levante para juzgaros; porque mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo será consumida toda la tierra.” —Sof. 3:8

LA VISIÓN

Se ha alentado a las personas que reverencian a Dios a lo largo de los siglos a esperar en el Señor. Del mismo modo, en cada generación ha habido quienes se han preguntado por qué Dios continúa permitiendo el mal. A Habacuc, el Señor le dijo: “La visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin y no mentirá: aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, tardará” (Hab. 2:3). Pablo cita esta profecía y la aplica a la segunda venida de Cristo. —Heb. 10:37

Por lo tanto, no hay duda del momento de la aplicación de las palabras de Dios a Habacuc. Es en el momento posterior al regreso de Jesús, durante su presencia invisible en el desarrollo de los asuntos de la tierra. El cumplimiento de muchos signos proféticos indica que actualmente estamos viviendo en ese período. La visión ahora “habla” dando a los estudiantes sinceros de la Biblia un entendimiento de los tiempos en los que están viviendo. Entre otras cosas, el significado del gran “tiempo de angustia” que ahora hay sobre el mundo es la garantía de que el tiempo de espera está por terminar (Dan. 12:1; Mateo 24:21). Se acerca el momento en que el Señor sofocará la iniquidad y exaltará la justicia en la tierra.

La visión ha hablado también en que ahora vemos que las naciones están siendo reunidas, que el fuego simbólico del celo de Dios está sobre ellas y que

cuando este aspecto de la intervención divina haya cumplido su propósito, la pureza de labios volverá a la gente. Entonces les será revelado el Dios previamente “no conocido” y con el corazón regocijado lo servirán unidos con un consentimiento, llenando sus canciones de alabanza la tierra de su gloria.

Pablo explicó a los atenienses algunas de las características del Dios no conocido, que “hizo el mundo y todas las cosas que en él hay” y que habita “no en templos hechos con las manos humanas”. Era una forma educada de decirles que el Dios no conocido no necesitaba de templos como los que tenían en Atenas para muchos de sus otros dioses (Hech. 17:24). Hoy podemos agregar que tampoco habita en palacios reales, salas de presidentes y primer ministros, o mansiones de dictadores y gobernantes fanáticos.

Pablo continuó explicando que el Dios no conocido “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra, y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (vv. 26-28). Y ya que somos hijos de Dios, su creación, “no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres” (v. 29) ¡Qué maravilloso contraste de Pablo entre el único Dios verdadero y todos los demás dioses!

EL DÍA DE JUICIO

Pablo dice acerca de la falta general de conocimiento de la humanidad acerca del “Dios no conocido”, que “habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:30,31). El mandato de arrepentimiento ha salido a través del mensaje evangélico y, aunque se ha proclamado en toda la tierra, el número que hasta ahora ha escuchado el mensaje de manera comprensible ha sido muy pequeño; por tanto, para la mayoría de la humanidad, Dios sigue pasando por alto su ignorancia mientras continúa preparándose para su futura bendición.

Esa bendición les será traída a través de la iluminación. Observe cómo Pablo contrasta los “tiempos de esta ignorancia” con el hecho de que Dios ha designado un futuro “día” de juicio. El apóstol Pedro aclara que este día de juicio no será de veinticuatro horas de duración, sino más bien un período de mil años (2 Pedro 3:7,8). Los apóstoles sabían que esto estaba en armonía con el plan de Dios pues el profeta Isaías había escrito: “Luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia” (Isa. 26:9) y del mismo modo el salmista: “Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su verdad” (Sal. 96:13). En la escena del día del juicio que se nos muestra en Apocalipsis, los “libros se abren”, un símbolo de conocimiento y comprensión revelados. —Apoc. 20:12

A la declaración anterior de Isaías de que las personas aprenden justicia cuando los “juicios de Dios estén en la tierra”, le sigue la referencia del profeta a otros “señores fuera de ti” que “se han enseñoreado de nosotros”. Estos, afirma Isaías, “muertos son, no vivirán”, e incluso que el recuerdo de estos antiguos dioses perecerá (Isa. 26:13,14). Esto será posible a través de la iluminación del día del juicio así como por el hecho de que Satanás no será capaz de engañar a la humanidad por más tiempo porque será atado (Apoc. 20:2). De esta manera todas las personas podrán aprender, adorar y servir al único “Dios vivo y verdadero” con un común consentimiento. 1 Tes. 1:9

Pablo explica que esta obra futura de iluminación y juicio estará en manos de Jesús y que Dios ha dado la seguridad de esto a todos los hombres en que lo levantó de entre los muertos. El profeta Isaías nos presenta un esbozo de las calificaciones de este futuro juez de la humanidad pues a Jesús le identifica proféticamente como “vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.” —Isa. 11:1

Con respecto a esta vara, Isaías escribe además: “Reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor [*Strong*: “reverencia”] de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor [reverencia] de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío (a aquellos que se oponen voluntariamente al

nuevo rey y juez de la tierra). Y será la justicia cinto de sus lomos y la fidelidad, ceñidor de su cintura.” -vv. 2-5

Isaías describe simbólicamente el resultado de este gobierno y juicio justos de Cristo: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntas, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.” —vv. 6-9

UN LENGUAJE PURO

La tierra se llenará entonces del “conocimiento de Jehová” porque habrá provisto a la gente de un “lenguaje puro” que “barrerá el refugio de la mentira”, tergiversaciones y distorsiones que han confundido las mentes de la raza caída y moribunda (Isa. 28:17). Entonces se iluminarán con respecto al único Dios verdadero y aprenderán a servirlo con “común consentimiento”, es decir, de manera unificada. No se verán obligados a hacerlo, pero habrán aprendido a amar a su Creador porque se les habrá enseñado sobre los atributos de sabiduría, justicia, amor y poder de su carácter. Aprenderán cómo se manifestó su amor y cómo se satisfizo su justicia a través de su amado Hijo que “se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Tim. 2:6). Verán su poder manifestado en la resurrección. Por último, llegarán a entender su sabiduría en la permisión del mal

y en su plan de amor para la recuperación de la raza caída.

En palabras a Timoteo, Pablo explica que es el deseo de Dios que todos sean salvos y “vengan al conocimiento de la verdad”. Este conocimiento, centrado en el “rescate por todos” va a ser “testimonio a su debido tiempo” a todas las personas (vv. 4,6). El “debido tiempo” es la hora señalada durante el cual el mundo ha de ser juzgado por el justo juez, Jesucristo. En cuanto a ese día el profeta Miqueas escribió: “De Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Miq. 4:2). “Sión” se utiliza aquí como símbolo de la fase celeste del reino de Cristo. Con Cristo sobre el monte Sión estará el “rebaño pequeño” que lo ha seguido fielmente, incluso a la muerte. —Luc. 12:32; Apoc. 14:1, 4; 2:10

Jerusalén, como se usa en la profecía de Miqueas, simboliza la fase terrenal del reino. Dios designará a los “príncipes de toda la tierra” como representantes terrenales para llevar a cabo las instrucciones de Cristo (Sal. 45:16). De éstos saldrá la “palabra de Jehová”—las palabras de instrucción, “el lenguaje puro” que iluminará a toda la humanidad y, por tanto, proporcionará una oportunidad completa para que todos se vuelvan al Padre Celestial.

De este tiempo estamos seguros de que “no habrá más muerte” (Apoc. 21:4) La gente, resucitada de entre los muertos, aprenderá la verdad fundamental que Pablo declaró hace tanto tiempo: “La paga del pecado es la muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23). La humanidad se regocijará de aprender que al aceptar la provisión de vida hecha para ellos a través de la obra redentora de Cristo y

al obedecer las leyes de su reino pueden vivir para siempre. Alcanzarán la vida eterna una vez que hayan aprovechado al máximo la oportunidad de participar del simbólico “árbol de la vida” y del “agua de la vida” que en el reino de Cristo fluirá desde el “trono de Dios y del cordero” —Apoc. 22:1-3,14,17

De hecho, habrá un gobierno mundial basado en las leyes justas y los atributos amorosos del único Dios verdadero. No sólo se aprenderán las leyes de Dios, sino que se escribirán en los corazones de las personas, nos asegura la Biblia. Nadie tendrá que decirle a su prójimo: “Conoce a Jehová”, porque todos lo conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande (Jer. 31:33,34). Por lo tanto, vendrá el alegre cumplimiento de nuestro texto de apertura, que todos “invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento.”

El arca llevada a Jerusalén

Versículo Clave: “De esta manera llevaba todo Israel el arca del pacto de Jehová, con júbilo y sonido de bocinas y trompetas y címbalos, y al son de salterios y arpas.”
— *1 Crónicas 15:28*

Escritura Seleccionadas:
1 Crónicas 15:1-29

EL APÓSTOL Pablo habló del testimonio de Dios de que David, rey de Israel era “varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hch. 13:22). Pablo no estaba infiriendo que fuera como Dios en perfección, sino que tenía un corazón sincero

en armonía con las promesas e instrucciones de Dios. La lección de hoy se centra en el deseo de David de servir a Dios al devolver el arca del pacto a Jerusalén tras una ausencia de muchos años.

El arca del pacto, situada en el Santísimo del Tabernáculo, era donde Dios hablaba a Moisés durante la experiencia de Israel en el desierto (Ex. 25:10-22). El arca, llevada por los sacerdotes, precedía a los israelitas a medida que cruzaban el Jordán hacia Canaán (Jos. 3:14-17) y desempeñó también un papel decisivo en las victorias de Jericó y la guerra contra Hai (Jos. 6:1-27;

8:1-35). De estas y otras formas dio evidencia el arca del pacto de que el favor de Dios estaba con los israelitas.

Sin embargo, después de los repetidos pecados de Israel contra Dios, en particular los de los hijos de Elí el sacerdote, se permitió capturar y robar el arca a los filisteos (1 Sam. 2:12,27-36; 5:1). Después de siete meses de continuas plagas los filisteos pusieron el arca en un carro y lo devolvieron a Bet-emes, junto con joyas de oro como ofrenda por la ofensa. Pero el regocijo de los de Bet-emes se convirtió en desesperación al morir más de cincuenta mil hombres por mirar en el arca en contra de las instrucciones de Dios. —1 Sam. 6:1-21

Después de solicitar ayuda, el arca fue trasladada a casa de Abinadab, en donde se designó a su hijo Eleazar para guardarla. El relato sigue: “Desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová” (1 Sam. 7:1,2). Después de este largo período, durante el cual David había llegado a ser rey de Israel, declaró: “Traigamos el arca de nuestro Dios a nosotros” (1 Crón. 13:3). Se construyó un carro nuevo para llevar el arca de regreso a Jerusalén: en un momento dado, porque los bueyes tropezaban, uno de los conductores, Uza, puso su mano sobre el arca para evitar que se cayera y fue inmediatamente muerto por Dios. Sin entender por qué Dios le quitó la vida a Uza, David dejó el arca en la casa de Obed-edom durante tres meses. —vv. 7-14

Al regresar a Jerusalén, ganó David posteriormente dos batallas contra sendos ataques filisteos siguiendo de manera explícita las instrucciones de Dios de manera explícita (1 Crón. 14:8-17).

Reflexionando David, se dio cuenta de que su primera tentativa de devolver el arca en un carro no estaba de acuerdo con las instrucciones de Dios. Ahora, de vuelta a la plena armonía con el Señor, David preparó un lugar para el arca en Jerusalén. —1 Crón. 15:1

Siguiendo las instrucciones de Dios dadas a Moisés, David dijo: “El arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el arca de Jehová y le sirvan perpetuamente” (v. 2). Al observar cómo David transportó la vuelta del arca a Jerusalén de acuerdo a la voluntad de Dios, más que a la suya propia, es un maravilloso ejemplo para nosotros. Busquemos a diario ser como David, un hombre conforme al corazón de Dios, que hará toda su voluntad. Si tenemos éxito nos regocijaremos con alabanza y acción de gracias a nuestro Padre Celestial.

Canción de acción de gracias de David

***Versículo clave: “Alabad a Jehová, invocad su nombre. Dad a conocer en los pueblos sus obras.”
— 1 Crónicas 16:8***

***Escrituras
Seleccionadas:
1 Crónicas 16:1-36***

LA DETERMINACIÓN de David de traer el arca del pacto de regreso a Jerusalén tenía la intención de motivar a Israel a una relación más estrecha con Dios. Su historia de búsqueda de otros dioses y de ignorar las instrucciones del Señor, habían causado en David una gran angustia en

nombre de la nación. Él tenía ahora la esperanza de que la presencia del arca haría que Israel se arrepintiera de sus pecados anteriores y alabara a Dios una vez más.

Después de colocar el arca en la tienda que había preparado para ella y de ofrecer holocaustos y ofrendas de paz a Dios, David bendijo al pueblo “en el nombre de Jehová” y le dio a cada uno una porción de pan, carne y vino. Con sus mentes así dirigidas hacia Dios, David nombró levitas para ministrar ante el arca y músicos y cantantes para alabar a través de la canción (1 Crón. 16:1-7). Nuestro versículo clave es el inicio de este hermoso salmo de alabanza y que llama a Israel a dar gracias por las muchas obras que Dios ha realizado por ellos. En su totalidad, este cántico habla de las

maravillosas obras de Dios entre las naciones en nombre de Israel. —vv. 8-36

Algunos podrían sugerir que Dios ha desechado por siempre a Israel a causa de sus iniquidades. Sin embargo, dirijamos la atención a este salmo, que consuela a Israel y repite el cuidado eterno del Señor por ellos. Lo cual se resume en los sentimientos de los versículos finales: “Aclamad a Jehová, porque él es bueno; porque su misericordia es eterna. Y decid: Sálvanos, oh Dios, salvación nuestra; recógenos, y líbranos de las naciones, para que confesemos tu santo nombre, y nos gloriemos en tus alabanzas. Bendito sea Jehová Dios de Israel, de eternidad a eternidad”. —vv. 34-36

Muchas de las experiencias de Israel fueron para amonestación del cristiano y vemos en este relato de la canción de David lecciones para aquellos llamados a ser el pueblo de Dios durante la edad actual (1 Cor. 10:11). Israel fue llamado el pueblo elegido de Dios con frecuencia en el Antiguo Testamento (Éxodo 19:5,6; Sal. 147:19,20; Amós 3:2). Un versículo especialmente hermoso a este respecto se encuentra en estas palabras: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra.” —Deut. 7:6

Compare esas palabras con la declaración del apóstol Pedro a los seguidores de Cristo: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo,

pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:9,10). En muchos aspectos las palabras de Pedro reflejan el salmo de David incluido en la lección de hoy. El apóstol Pablo, de hecho, declara que el Pacto de la Ley de Israel tenía por objetivo conducirlos a Cristo, simiente de Abrahán (Gal 3:15-24). Entonces, la invitación a estar “en Cristo” y a formar parte de la clase simiente, se abrieron a judíos y gentiles por igual. —vv. 25-29

Determinemos, como David, animarnos unos a otros, como hermanos israelitas espirituales, a alabar a nuestro amoroso Padre Celestial y a su Hijo, Cristo Jesús. Y demos también gracias continuamente por las maravillas de nuestro Dios: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús.” —1 Tes. 5:18

La promesa de Dios a David

Versículo clave: “Y cuando tus días sean cumplidos para irte con tus padres, levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino. Él me edificará casa, y yo confirmaré su trono eternamente.”
— ***1 Crónicas 17:11,12***

***Escrituras
Seleccionadas:
1 Crónicas 17:1-15***

A MEDIDA QUE LA nación de Israel prosperó bajo la bendición del Señor y se estableció como una nación poderosa bajo el rey David, creía que la tienda en la que se había alojado el arca del pacto era inferior a su lugar apropiado en Jerusalén. Sin duda, la lección de Uza hizo que David fuera más cuidadoso al respetar todo lo que se hacía en relación con el tabernáculo y sus servicios, por lo que buscó el consejo de su amigo y consejero, el profeta Natán. David le dijo: “He aquí, yo habito en casa de cedro, y el arca del pacto de Jehová debajo de cortinas” (1 Crón. 17:1). La sugerencia implícita de que se construya una “casa” para el arca parecía adecuada y reverencial a Natán, por lo que la apoyó. —v. 2

Esa misma noche, sin embargo, la palabra del Señor llegó a Natán y explicó que Dios nunca había pedido que se construyera una casa como su lugar de residencia desde que sacó a Israel de Egipto. Le ordenó a

Natán recordar a David cómo lo había llevado de ser un joven pastor a rey de Israel y cómo se comprometió a someter a todos sus enemigos para que la nación pudiera habitar en paz. Entonces Dios hizo esta gran promesa a David: “Te hago saber, además, que Jehová te edificará casa.” —vv. 3-10

No era una promesa de casa literal, sino una garantía para David de que su familia no sería separada del trono. La “casa” de David se perpetuó a través de Salomón y continuó la línea real de Israel a través de la tribu de Judá durante varios siglos. Esto, sin embargo, no cumpliría el propósito final de la promesa del Señor. Aunque no fue entendido por David, la promesa estaba destinada a referirse expresamente a un futuro Mesías y su reino.

Notamos que las palabras de nuestro versículo clave se aplicaron al hijo de David, Salomón, en un sentido literal, ya que él realmente construyó un templo, pero el peso de la promesa se cumple a través de Cristo, el Mesías. Aunque a David no se le permitió construir un templo, tuvo el privilegio de reunir los materiales necesarios para que Salomón lograra ese trabajo. —1 Crón. 28:9-21; 29:1-9

Dios actualmente está reuniendo a aquellos que se convertirán en piedras simbólicas del gran templo de Cristo, para bendición de toda la humanidad en el reino de Dios. De ellos, el apóstol Pedro dice que vienen a Jesús, “como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo...” (1 Ped. 2:4,5). La preparación de estas piedras continuará hasta que todas se ajusten adecuadamente al templo espiritual.

El templo de Dios no está operativo actualmente para bendición de la humanidad. La bendición de todas las familias de la tierra a través de ese templo espiritual y su gran cabeza y piedra angular, Cristo Jesús, comenzará cuando todas las “piedras vivas” hayan sido preparadas y resucitadas de entre los muertos para “gloria, honra e inmortalidad” (Rom. 2:7). Alentémonos sabiendo que todas las pruebas que se nos presentan representan nuestro cincelado y pulido como piedras para ser acomodados en un lugar en el templo del reino eterno de Dios.

La oración de David

Versículo clave: “Jehová, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos.” — 1 Crónicas 17:20

Escrituras Seleccionadas: 1 Crónicas 17:16-27

HEMOS VISTO en las lecciones anteriores el carácter divino de David. En el pasaje de la escritura seleccionada de hoy escuchamos a David testificar que nada de lo que él había logrado fue obra suya, sino sólo de Dios. Habla con gusto de que las bendiciones prometidas a Israel son mucho mayores que las hechas a él personalmente: “Jehová Dios, ¿quién soy yo y cuál es mi casa, para que me hayas traído hasta este lugar? Y aun esto, oh Dios, te ha parecido poco, pues que has hablado de la casa de tu siervo para tiempo más lejano, y me has mirado como a un hombre excelente, oh Jehová Dios.” —1 Cron.17:16,17

Sin embargo, este hombre según el corazón de Dios se había dado cuenta de que las promesas hechas a Israel estaban condicionadas a la obediencia. Con sus muchas rebeliones contra Dios en el pasado tal vez parecería probable que los sucesores de David al trono finalmente se apartaran por completo del Dios que los había liberado de la esclavitud egipcia. De hecho, poco más de quinientos años después, el rey Sedequías fue el último rey de Israel, Jerusalén fue asediada y derrocada

por Nabucodonosor y el pueblo, llevado cautivo a Babilonia.

Entendemos que las futuras generaciones de gobierno prometidas a David tendrían su máximo cumplimiento en el reinado mucho mayor de Cristo, la simiente de David, en su reino mesiánico. Parte del mensaje del ángel a María mencionado en nuestra lección anterior estaba relacionado con este gran reino. Hablando de Jesús, el ángel dijo: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” —Lucas 1:32,33

Al reino del Mesías se le llama “trono de David” por una buena razón. El nombre David significa “amado”. David se sentó en el trono del reino de Dios por un tiempo limitado, al igual que sus descendientes. El mayor David, Cristo Jesús, se sentará en el trono del reino de Dios para establecerlo para siempre. “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro... Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.” —Isa. 9:6,7

Jesús se convertirá en el gobernante reconocido no sólo de Israel, como reinado de David, sino de todas las naciones y familias de la tierra. El aumento de su gobierno superará con creces el de David y no será perturbado por rebeliones o conflictos de ningún tipo. Establecerá la paz eterna y su justo gobierno no tendrá fin. Cuando el reinado del Mesías haya logrado por

completo todo esto, entregará el reino al Padre Celestial, para que “Dios sea todo en todos”. —1 Cor. 15:24-28

David se dio cuenta de las providencias dominantes de Dios en la historia de Israel. ¿Cuánto más grande será su gozo cuando, después de su resurrección, vea plenamente que las promesas de Dios para Israel se extenderán a todas las demás naciones y familias de la tierra? Con una alegría aún mayor, David repetirá su alabanza a Dios con las palabras: “¡Todas las grandes cosas que ya has hecho por mí no son nada en comparación con lo que prometiste hacer en el futuro!”

Estudio IX

EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte 4

“Y AUN NO ME JUZGO A MÍ MISMO; EL QUE ME JUZGA, ES EL SEÑOR”

Hay algunos entre la Nueva Creación — extraordinariamente pocos, sin embargo — que parecen ser dispuestos a juzgarse inexorablemente. Con razón, critican cada una de sus faltas y sus debilidades y desean ser quitados de toda imperfección; pero sin razón, olvidan que el Señor así no nos conoce y no nos juzga según la *carne*, sino según el *espíritu* — la intención, la voluntad, el deseo, el esfuerzo. Ellos dan demasiada atención a las palabras del Fariseo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”, y muy poco a las palabras inspiradas del Señor, concernientes a la base de su aceptación y la eficacia de la sangre preciosa en la purificación de todo pecado. En su raciocinio respecto al tema, ellos olvidan que si fueran perfeccionados o si pudieran actuar perfectamente, no necesitarían ni Salvador, ni Abogado. Ellos olvidan que “por gracia sois salvos” y no por obras de la carne.

Ésos necesitan aplicarse a sí mismos las palabras del Apóstol: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a

mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia [de mal como ecónomo], no por eso soy justificado; pero el que me juzga [y el que juzga cada uno] es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”. —1 Cor. 4:3-5.

Nuestra confianza está en el Señor y no en nuestra carne débil y caída. Aprendimos a conocer la gracia y la misericordia de Dios hacia todos los que se confían en él y que procuran andar *según* el espíritu de Amor, aunque incapaces de andar plenamente *a* la altura de sus exigencias perfectas. No esperamos ser perfectos en la carne sino perfectos en espíritu, en intención. Esperamos que nuestra fe y nuestro celo se consideren (por el mérito de nuestro Redentor) como compensando nuestras imperfecciones reales que odiamos y combatimos cada día. Cuando reflexionamos sobre este tema, nos preguntamos: ¿Nos ama Dios a nosotros que por naturaleza éramos hijos de ira como otros? ¿Está dispuesto Él para nosotros a ayudarnos y a llevar para nuestro crédito todo buen deseo, todo esfuerzo sincero, hasta si se acaban sólo en un fracaso parcial o en un éxito parcial? Sí, responde el Señor: “¡el Padre mismo les ama!” el Apóstol añade: “Si Dios nos amó tanto cuando todavía éramos pecadores, que dio a su Hijo Unigénito para nuestra redención, ¿cómo no nos regalará también, libremente, toda cosa [útiles para nosotros en nuestra carrera por precio que colocó delante de nosotros en el Evangelio]?” Ciertamente, si él nos amaba mientras todavía éramos pecadores, él nos ama más tiernamente aún ahora que nos adoptó en su familia, ahora que ve en

nuestro corazón un deseo ardiente de hacer su voluntad, Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para *alcanzar misericordia y hallar gracia* para el oportuno socorro. — Heb. 4:16.

Sin embargo, se necesita una palabra de advertencia a propósito del otro lado de esta cuestión. Todos nosotros hemos conocido ejemplos donde la humildad y la falta de confianza, el temor y la duda tocantes a la gracia de Dios han hecho lugar a una condición contraria de confianza en sí mismo impudente, de ceguera total sobre sus faltas y a estos agradecimientos farisaicos que se encuentra mejor que otros hombres. ¡Por desgracia! ¡Éste es un estado muy deplorable y tememos, sin esperanza! La fe es necesaria, pero hace falta que esto sí sea la fe en Dios y no en uno mismo. La causa de tal desviación proviene generalmente de un abandono de la Ley de Amor [y —Edit.] de la Regla de Oro. La perversión del amor por el Señor, amor por su plan misericordioso, amor por los hermanos de la Nueva Creación y amor simpático por los humanos, conducido al amor de sí, de su propia importancia, al honor por sí y a la glorificación personal. Desconfiemos de esta vía muerta que aleja del Señor, de su Espíritu y de su Reino. Aunque los conductores sean expuestos más particularmente a esta trampa, otros lo son también. Algunos que faltan ampliamente de toda calificación como instructores, se hacen terriblemente “hinchados de un orgullo vano por los pensamientos de su carne”, orgullosos, no entendiendo nada, sino poseyendo “un interés corrompido en discusiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, y constantes rencillas entre

hombres de mente depravada, que están privados de la verdad, que suponen que la piedad (la religión) es un medio de ganancia. Pero la piedad, *en efecto*, es un medio de gran ganancia cuando va acompañada de contentamiento”. —1 Tim. 6:4-6, *La Nueva Biblia de los Hispanos*; véase también 1 Juan 3:9, 10.

HAY CIERTOS ASUNTOS QUE LA IGLESIA DEBERÍA JUZGAR

Si, individualmente, no debemos juzgar, o condenar, sino esperar el momento en el cual el Señor manifestará públicamente su decisión con respecto a cada miembro de su cuerpo, la “Nueva Creación”, sin embargo en ciertos casos, la Iglesia [la asamblea — *Ecclesia*] tiene el deber de juzgar. Por ejemplo, el Apóstol menciona un caso de impudicia reconocido públicamente por el transgresor contra las buenas costumbres, y conocido por toda la Iglesia; él declara que al simpatizar con tal libertino declarado, la Iglesia se había equivocado, y en el acto ejerció su autoridad apostólica excomulgando al ofensor, suprimiéndole de la comunión de los creyentes, entregándolo así figurativamente a Satanás, a castigos, con el fin de destruir su sensualidad y para que el Espíritu, la nueva mentalidad pueda salvarse finalmente así, en el día del Señor, en el momento de rendir sus cuentas al fin de esta Edad. —1 Cor. 5:5.

Sólo el Señor mismo o uno de sus Apóstoles (los doce de los cuales Pablo era el último, habiendo sido escogido en el lugar de Judas) tenía la autoridad, el derecho, de proceder de la manera mencionada.

También, sólo un Apóstol podía actuar como hizo Pedro con respecto a Ananías y de Safira (Hechos 5:1-11). El Apóstol explica más su posición, diciendo: “Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente [prohibiendo tratos] con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo.” [1 Cor. 5:9, 10]. Hubiera querido darles a entender que es una cosa entretener asuntos de negocio con la gente no santificada, y otra cosa totalmente diferente considerar a éstos como hermanos—miembros de la Nueva Creación. Bajar el nivel de la moralidad exigida no habría sido tampoco un favor con respecto al transgresor; este último sería mejor socorrido al ver que su impureza le separaba totalmente del pueblo del Señor; por otra parte, si él fuera realmente engendrado del Espíritu de Dios, él se daría cuenta de su posición verdadera más rápido y más profundamente, aprendería la lección y se arrepentiría. La Iglesia había ejercido una caridad mal comprendida hacia el transgresor y, por ahí, arriesgó una desmoralización general entre sus miembros, y también un contagio entre todos los creyentes de las otras asambleas que pudieran haber sido puestos al tanto de lo que pasaba en Corinto.

El Apóstol indica brevemente cuál es el deber de los fieles en tales casos, y parafraseamos sus palabras así: lo que les he escrito, es que de no tener comunión con alguien que, nombrándose “hermano”, sea *inmoral*, o *avaro*, o *idólatra*, o *difamador*, o *borracho*, o *estafador* — de no comer aun con tal hombre. En realidad, yo no trato de juzgar al mundo, sino les insto a ustedes, como Iglesia, a juzgar aquellos que ustedes

aceptan como hermanos. Dios juzgará a los que están fuera: su deber es de expulsar a los malvados de entre ustedes. —1 Cor. 5.

El Apóstol continúa esta argumentación criticando el hecho de que cuando se levantan desacuerdos entre hermanos, éstos tienen una tendencia de recurrir a los tribunales del mundo en lugar de aguantar con paciencia la culpa cometida si es soportable o, si no lo es, de llevar el asunto delante de la Iglesia que juzgará en última instancia. El Apóstol hace valer que si Dios ahora escoge la Iglesia para ser el futuro juez del mundo, sus miembros no deberían ser menos equitativos, honorables y justos ciertamente en sus decisiones que el mismo mundo actual. El menos estimado en la Iglesia debería ser digno de confianza en tales asuntos. ¿No hay entre ustedes un solo hombre en cuya sabiduría y integridad todos ustedes pudieran confiar, implícitamente, y cuya decisión los litigantes aceptarían?

“¿Por qué no sufren mejor la injusticia?” ¿Por qué no sufren la injusticia, si consideran que la decisión no es equitativa? ¿Por qué no sufren un daño más bien que de perpetuar disputas o de recurrir a tribunales públicos dónde acusan unos a otros? Mucho más, dice el Apóstol, me percibo que no sólo están dispuestos a sufrir la injusticia a favor de la paz y de la armonía en el cuerpo de Cristo, sino que peor aún, hay entre ustedes los que están dispuestos a hacer daño y a defraudar, hasta a sus hermanos. Como Iglesia del Señor, ¿no buscan obtener el Reino? Y “¿no saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No se dejen engañar: ni los *inmorales*, ni los *idólatras*, ni los *adúlteros*, ni los *afeminados*, ni los *homosexuales*, ni los *ladrones*, ni los *avaros*, ni los

borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. Y esto eran algunos de ustedes; pero fueron lavados, pero fueron santificados, pero fueron justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”. —1 Cor. 6:1-11, La Nueva Biblia de los Hispanos.

Esta exposición de las ofensas que privarían a alguien de la herencia del Reino constituye una guía de las ofensas que deberían privar a alguien de la comunión fraternal en la Iglesia. Es con respecto a todas estas cosas que se aplican las palabras “EXPULSEN AL MALVADO DE ENTRE USTEDES”, quienquiera que pueda ser culpable de cualquier de estas ofensas.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de marzo - abril de 2020)